



Entrevistando a Doña Cruz



Hay que reconocer que, por muy larga que sea la vida, siempre hay cosas que desearías haber hecho y no han llegado a producirse. Ese es el caso que nos ha ocurrido con Doña Cruz.

Félix, su hijo, ha entrevistado a muchas personas de Maranchón para la revista de la Migaña, pero lógicamente él no era el más adecuado para entrevistar a su madre.

Por eso, como más vale tarde que nunca, me he decidido a realizar esa deseada entrevista a Doña Cruz, aunque ya no esté físicamente con nosotros.

Doña Cruz, te extrañará verme por aquí, pero vengo a entrevistarte.

Pues sí, la verdad es que no te esperaba, pero ya sabes que me alegra siempre ver a alguien de Maranchón.

¿Así que te sigues acordando del pueblo?

Naturalmente. De Maranchón tengo tantos recuerdos que no ha habido día que no me haya acordado de él.

Cuando hacía frío me acordaba de los nevazos que caían. Cuando hacía calor, de lo fresquito que estarían. El día de San Pascual, de lo bien que se lo estarían pasando bailando el pollo...El día de la Virgen no tenía que acordarme porque normalmente estaba allí.

¿Qué es lo que más destacarías de los años que pasaste allí?

Mi faceta como maestra.

¿Y cómo fueron tus años de maestra en Maranchón?

Fueron especiales. Es verdad que en tu pueblo no es fácil ejercer una profesión como ésta. Todos sabemos lo que son los pueblos en que se conoce a todo el mundo, pero el haber visto nacer a las niñas que tenía, el conocer a sus familias, el ser amiga de sus madres,...te hace sentir por ellas un cariño especial y te gustaría enseñarles tantas cosas y en tan poco tiempo que, a veces, la pasión te traiciona y no te deja ver que cada una tiene su tiempo y su ritmo.

Pero no todo fue trabajar, ¿no me dirás que no te lo pasaste bien?

Es verdad. Yo he sido muy alegre, muy juerguista y, a pesar de tener una familia, un horario y unos escasos recursos que pudieran ayudarme (porque entonces no había aspiradora, ni lavadora, ni lava-

vajillas...) siempre estaba dispuesta, junto a mi marido, para unirnos a todas las fiestas del pueblo.

Y de la peña qué, ¿no me cuentas nada?

Es cierto. Pertenecíamos a una peña que se llamaba "La Ramona". De ella estaría hablando horas, pero no puede ser, aunque sí quiero decirte que montábamos cada número que éramos la expectación del pueblo.

Ya van quedando menos de sus componentes, pero de todos guardo un recuerdo muy especial.

Tenéis que saber que muchos de los padres de los que me estáis leyendo pertenecían a ella. Nos lo pasábamos genial. Entonces en el pueblo había mucha gente y mucha alegría. Fueron años inolvidables.

Sin embargo, no todo fue bueno en Maranchón, ¿verdad?

Efectivamente. El momento más amargo llegó cuando a la gente no le quedó más remedio que marcharse. Allí no había sitios donde trabajar y todos queríamos para nuestros hijos algo mejor.

Fue tan rápido, que el pueblo se iba vaciando casi imperceptiblemente. No sabéis lo duro que era emigrar con una vida hecha, con escasas especialidades y los suficientes años para para que costase mucho encontrar una colocación.

No sé si vosotros, los que estáis leyendo, habéis sido capaces de apreciar aquel sacrificio que tanto nosotros como vuestros padres hicimos para que tuvieseis una vida digna.

Pero yo creo que quedó un nexo de unión, ¿no te parece?

Por supuesto. En Maranchón había alguien que nos iba acompañando a todos. Lo mismo iba a Barcelona que a Madrid, que a Zaragoza, que a cualquier ciudad, por lejos que estuviese, y que a la vez permanecía esperando la vuelta a nuestro pueblo. Era la Virgen de los Olmos.

¡Cuántas súplicas calladas ha escuchado!
¡Cuántas lágrimas ha enjugado!
¡Cuántas necesidades ha remediado!...Por eso me daba pena ver la Ermita estos últimos años más vacía que entonces.

En mis años, todos los jóvenes acudíamos a Ella, cantábamos, rezábamos,...La Virgen de los Olmos presidía la entrada de nuestra casa, la cabecera de nuestra cama y lo más profundo de nuestro corazón. Pero no sé si supimos hacer llegar todo esto a los que venían detrás. A veces pienso que no.